

CUENTO

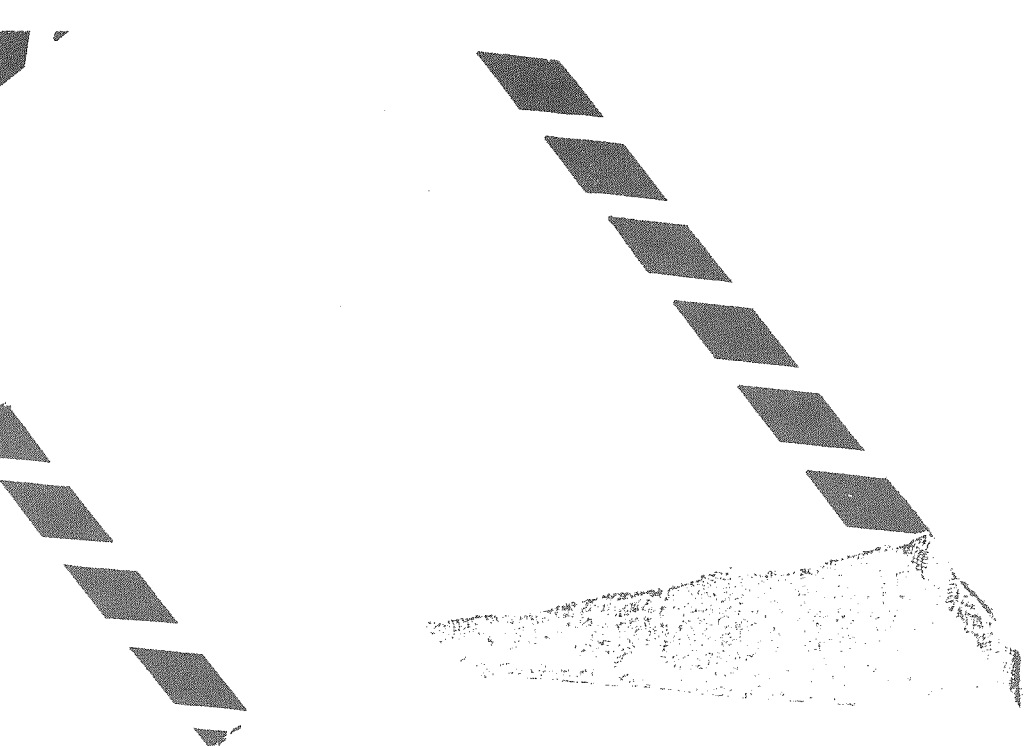
LA PENULTIMA CARTA

Jaime Echeverri

Soltó la hoja de papel sobre la mesa como si le quemara las manos. Le sudaban y creyó sentir que el día era más quemante, que el calor se le metía por todas partes y le inundaba los poros de sudor, que la mesa del café era la única cosa en el mundo sostenida con firmeza sobre el suelo en un desierto inmenso donde el polvo era lo único respirable. Carraspeó, intentó tragar un poco de saliva, pero la lengua parecía batir un pozo de cal, de secante cal, como si hubiera terminado una borrachera sostenida durante años, como si se terminara de beber los más fogosos licores día tras día y se hubiera perdido el sentido de las proporciones. Y esto era una sensación absurda, puesto que hacía mucho tiempo no bebía un solo trago y nunca había llegado a beber más de lo esperable. Pero ahí estaba esa boca pastosa y esa sensación chillante extendiéndose por la superficie, sobre su camisa húmeda y los pantalones pegados a la piel. Y la viscosidad. Y el terror al leer otra vez esa carta escrita antes de la última que ya había mandado con el misterio característico de las cartas, con el azar envuelto en el sobre, y que siempre deja insatisfacciones porque nunca las verdades después de ser leídas tienen el vigor de la revelación inicial al establecerse el contacto entre el ojo y la línea que se descubre poco a poco. El papel arrugado sobre la mesa

al lado del pocillo semivacío, con el aroma perdido y la amargura estancada en el fondo junto a la resaca cristalina del azúcar, al lado de círculos y medialunas que intentaban trazar rutas celestes nunca cruzadas por los telescopios sobre la superficie arrugada de la mesa. Al lado del sobre mordido en las esquinas de tanto transitar de un bolsillo al otro, con la esperanza de ser alguna vez puesto en el correo.

Temía mirarla otra vez, temía encontrar las revelaciones, el nudo de verdades, o lo que podía fácilmente suplantarlas, que se extendía renglón a renglón con la letra apresurada por las ideas que se agolpaban en el momento de escribir: "sé que nunca has podido entender esto que intento ofrecerte y que te empeñas en encontrar un sentimiento que sabes o quieres incorrecto. En verdad nunca he entendido muy bien tu ética, pero eso ahora no importa, porque la verdad es que hemos dejado pasar los días despreocupadamente sin atrevernos a hablar y hemos tirado noches al olvido sin abrir la boca para nada. Sin embargo, ambos sabíamos que debíamos decir ciertas palabras que pudieran tranquilizarnos de algún modo. Decir simplemente: véte al diablo, al carajo, a la mierda y saber que se había cumplido, por lo



menos, una parte de las intenciones, porque las otras, lo de estar juntos o necesitarnos, las cumplíamos a medias y saltaban, sin concretarse, los deseos de hablar mientras lo hacíamos. Ahora estamos entre muros de silencio y hostilidad nunca confesada, buscando lo peor que hay en nosotros para justificar de alguna manera nuestro aborrecimiento. Y no nace porque sea necesario, sino porque lo queremos provocar, lo quieres provocar para salvarte, digamos. Las últimas semanas, sin darte cuenta, has venido construyéndote excusas, justificaciones para no arrepentirte en el momento de verdad. Para salvarte? "Eso lo sabía de memoria, pero de qué o quién se puede salvar uno, de sí mismo?", y su pie tropezó con el maletín lleno de ropa y con los aparatos de filmación que había amarrado a la pata del asiento para evitar cualquier percance.

Tendría que buscar las causas en otro lado, escudriñar los rincones más apartados de su interior hasta encontrar ese gusano que lo roía sin darse cuenta, tal vez al dormir, o en el momento entre la vigilia y el sueño, cuando las palabras se mezclan y aparece la poesía y el absurdo desenfunda su arma de doble filo. En todo caso, comprobar de alguna manera que las equivocaciones eran posibles, aunque todavía le quedaran algunas dudas, y que la vida podía tener otro orden. No podía precisar cuál, ni dónde empezaba o llegaba

a terminar. Quiso buscar los cigarrillos guardados con el celo con que se guardan los secretos, pero se arrepintió en el momento en que sus dedos acariciaban la envoltura de celofán y se levantaban como si hubieran sentido la mordedura del fuego. En qué momento se había jodido todo y se había precipitado por esta pendiente por la que se sentía caer interminablemente, cuál había sido esa fracción segundo que le había deshecho el mundo y se lo había fraccionado de tal manera que no podía asegurar nada ni sobre su cara reflejada en el espejo, en las mañanas donde sus ojos encontraban sus ojos escrutadores y tímidos, que parecían bajarse, entrecerrarse para permitir un examen minucioso de ese pedazo de cuerpo que se asomaba a la dimensión oculta, ese otro espacio que lo rodeaba sin que pudiera precisarlo, pero que suponía estaba allí, manifiesto en la reflexión que le devolvía el espejo y el encuentro furtivo con esa cara que llevaba sin comprender y que había ido transformándose con los años. Las transformaciones, esas muestras de mutación se daban precisamente cuando creía tener la clave. Lo cierto era que estaba solo otra vez. Solo, completamente solo.



Un cuadro fugaz presentaba restos de situaciones, lugares donde había actuado, siguiendo sus propios dictados, mientras levantaba algo de la mesa donde estaba sentado frente a la muchacha que acababa de conocer. Se daba vagamente cuenta que sus palabras se le escapaban. Podía verla, demasiado joven para comprender todo lo que le pasaba. Tal vez le diría que fueran a alguna piecita de hotel, un hotel barato donde los recuerdos revivieran o se colaran y se perdieran definitivamente. Podía ver el camino que recorrían despreocupadamente, recogiendo

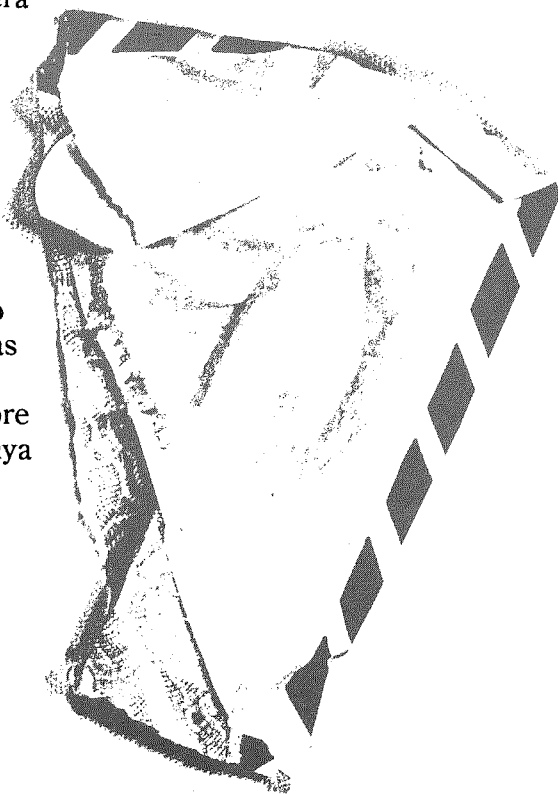
el sol, como si fueran un par de seres felices y, sin embargo, él estaría agitado por dentro sin saber muy bien qué decirle, intentando adivinar su cuerpo como si en ese ejercicio se escondiera una revelación. En realidad era una especie de apuesta en donde jugaba el todo por el todo y, aunque ganara, siempre quedaba esa masa de nada, ese vacío rodeándolo, el silencio cayendo sobre los cuerpos desnudos, sudorosos, y el enfrentamiento consigo mismo, con la realidad que lo esperaba afuera y el período que vendría luego al caminar por la calle como un cuerpo suelto hasta el sitio donde estaban esperándolo. Seguramente pensaría ahora, en el desperdicio tremendo de todos los que caminan, corriendo a hacer sus cosas en lugar de estar enredados en otros cuerpos, estableciendo esa cadena de salvación que a él no le servía absolutamente para nada.

Y a pesar del temor los ojos cayeron sobre la hoja doblada sobre la mesa. Supo en ese momento que no la enviaría nunca, que había sido escrita en vano y le quedó el ansia de que por lo menos ella supiera que la había escrito y que decía cosas no dichas antes, aunque insinuadas, como todo, si uno veía cuidadosamente, porque las palabras solo sirven para recalcar lo que sucede silenciosamente. Lo que equivale a decir que, si se observa bien, las palabras sobran. Lo que pasa es que la gente no ve, la gente se pierde entre los gestos. Pero no era un consuelo, no servía para mitigar



la ansiedad de hacerle saber que había querido decirle esto antes de marcharse, de irse lejos, a hacer el documental que había planeado junto a ella, con el guión que habían escrito los dos y con el recuerdo de discusiones en cafés donde no iba nadie conocido y donde pasaba el tiempo en proyectos y discusiones sobre posibles películas y donde por casualidad las manos estuvieron juntas una tarde y las discusiones se perdieron entre frases bobas y juegos de palabras que ninguno de los dos se atrevió a entender con claridad y de allí se salió con ojos pesados y un cansancio agradable y la sensación de haber estado en otro espacio donde los cuerpos se rigieran por leyes distintas e inexplicables y la gravedad hubiera desaparecido y el tiempo se disolviera en una espiral y las coordenadas tuvieran puntos de intersección donde brotaran líquidos de sabores espesos y aceitosos y donde las fuerzas encontradas fueran la base del conocimiento profundo sobre la vida agitada que en ese momento se extendía ante los ojos, como las piernas entre las sábanas y la lengua entre su boca y la piel sobre la piel y la respiración sobre la suya cortando el fluir del aire.

Y vino después el extrañamiento, las miradas pasando a través de los cuerpos, yendo más allá del volumen, a un espacio que a él le gustaría encontrar con su cámara, pero que sabía iba a perderse entre las superficies de los gestos, entre la duda de una mano antes de apoyarse en un hombro para dar perdón o comprensión o simplemente para descansar allí como en un refugio, buscar el espacio escondido de las cosas y capturar la imagen como sacando peces del agua o conejos de un sombrero o monedas de las orejas de los espectadores.



Y estaba el extrañamiento allí entre ellos y luego las palabras que nunca se dijeron claramente y los paseos por lugares que antes no significaban nada y que ahora empezaban a tener importancia porque se había pasado por allí juntos, porque se compraron unas flores para ir deshojando incesantemente, porque se sentaron en una acera a tomar una botella de vino y se habían emborrachado de tal manera que querían hacer el amor sobre el suelo frío de la calle y porque se encontraron sin pensar poniendo cartas en el correo dirigidas del uno al otro y no habían querido entregarlas sin las estampillas de colores, para que las cartas fueran verdaderamente cartas o porque corrieron por el parque como dos mocosos, jugando un juego que nadie entendía porque las reglas las iban inventando a medida que lo desarrollaban o porque vieron una película que les gustó tanto y luego se metieron en la cafetería de mesas coloradas a tomar un café y descubrieron que ya no discutían tan encarnizadamente como antes o porque en una esquina se tropezaron e iban a insultar al torpe y se descubrieron y soltaron una carcajada violenta que hizo estremecer las vidrieras de todas las ventanas a diez cuerdas a la redonda o porque se vieron envueltos en un lio policial, confundidos con guerrilleros y ellos siguieron la corriente hasta



donde les resultó seguro y el lugar donde se vieron por última vez, antes de ser héroes cuando salvaron a un gamincito de las garras de un policía haciéndose pasar por periodistas, nunca olvidaron una cafetería llena de mesitas con claveles y se sintieron dos colegas al decirse adiós, la cara suya asombrada al saber que héroe está íntimamente ligado a erótico, ese no puede ser que le quedó grabado para siempre y que alguna vez haría decir a una muchacha en una película de amor, pero distinta a todas, porque metería todo lo que sucedía, lo que pensaba sobre ese manoseado sentimiento y la necesidad de hacerlo más verdadero, menos convencional y estereotipado, haría que la gente supiera los trabajos de los amantes para pagar el arrendamiento, las luchas terribles para comprar un poco de vino, las humillaciones permanentes para conseguir la

comida, las dudas para encontrar el vestido adecuado y que no parezca viejo, la elección de la ropa interior y el aseo prolijo al comienzo, y luego el rechazo de la artificialidad, de los afeites y la lociones, el goce con el olor del otro, pero más allá de estos rituales condenados al olvido un buen cultivo de gestos de seducción, el detalle del agrado, del deseo de agradar, de ver una sonrisa de satisfacción en la cara del otro al vernos llegar y suponer las delicias que vendrán, imaginar desde antes el cuerpo desnudo y el calor del abrazo, el amor alegre y gracioso, no no triste y sucio como se ve en las películas o se lee en los libros, no el paroxismo acartonado, ni los rictus pasionados de acuerdo a las figuras que se repiten como si el placer estuviera en la repetición del gesto y no en la danza pánica o el estertor silencioso y profundo y el placer extendiéndose por la piel, invadiendo el organismo desde puntos secretos, en todas las direcciones, por todos los accesos. No sería el temblor o el espasmo la señal orgásmica, sino la revolución de los cuerpos, la confusión de los sentidos, la flor de forma variable que los amantes se empeñan en armar, sabiendo que su vida será corta como flor y larga y variada en los recuerdos, sexótica flor que los amantes se empeñan en armar, en noches oscuras en cuartos de hoteles baratos, entre sábanas manchadas que aún conservan el calor de la pareja que acaba de salir.

Será una mujer distinta, como ella, de piel pecosa y senos perdidos en la rejilla del costillar y manos hermosas, como si se le hubieran agragado, sacadas de otro cuerpo. No haré que su pelo flote en el viento y que una leve tela la cubra. La película será dura, como ella, y estará llena de situaciones banales, poco románticas, grises. Y luego, como ahora, vendrá el extrañamiento, el lento proceso de descomposición. Ella empezará a echarse para atrás, se empezará a espaciar una entrevista de otra y la voz se modificará, irá perdiendo la tonalidad rosa y las palabras serán más frías en los labios y la sonrisa huirá definitivamente y el hombre empezará a notarlo, a desesperarse y a escribir carta tras carta que, tiempo después, en una tarde cualquiera, encontrará en el bolsillo, intactas, selladas y con brillantes estampillas de colores♦

